

## ***40 aniversario***

desco cumple cuarenta años. A lo largo de ese tiempo, como institución hemos construido una identidad, a partir de nuestra apuesta terca por el desarrollo y el cambio social en el país, que tiene entre sus múltiples dimensiones, imposible ignorarlo, la política. En distintos momentos de la historia reciente, muchas ONG en América Latina hemos sido cuestionadas —desde el Estado así como por diversos actores del sistema político— debido a nuestras posiciones y muchas de nuestras acciones, como parte del intento —las más de las veces autoritario— de condicionar nuestra actividad y pautar nuestro rol.

No puede ser de otra manera en un continente como el nuestro, marcado profundamente por la desigualdad y la exclusión que caracterizan las relaciones entre sus habitantes y que alimentan sistemáticamente el conflicto social. No puede ser de otra manera cuando, como es nuestro caso, apuntamos a contribuir al cambio de las relaciones de poder en nuestras sociedades, fortaleciendo y ampliando las capacidades de los ciudadanos —en particular de los sectores mayoritarios, secularmente excluidos— para transformar los mecanismos, las normas y los procedimientos a partir de los cuales se generan y distribuyen de manera inequitativa y desigual los poderes materiales y simbólicos.

### **CUARENTA AÑOS DE CAMBIOS**

Durante estos años hemos acompañado los distintos y profundos cambios ocurridos en el país, buscando posicionarnos en ellos a partir de nuestra razón de ser: la promoción con los sectores populares de alternativas de desarrollo que mejoren su calidad de vida, así como de prácticas democráticas que las sustenten. Hemos participado de un tiempo dramático e intenso, en el que se sucedieron el auge y la caída del velasquismo con todo lo que supuso como posibilidad de democratización social divorciada de la democracia política, la recuperación de la democracia política y su precariedad, la terrible guerra interna de los ochenta y los

noventa con su secuela de heridas aún lejos de resolverse, la resistencia y la lucha contra el autoritarismo y la corrupción que caracterizaron al fujimorismo, la transición del año 2000 y la frustración que produce el actual gobierno.

En todos estos procesos, el Estado, la economía y la sociedad cambiaron. El primero pasó de ser omnipresente y todopoderoso a subordinarse crecientemente al mercado y a limitarse a tratar de regularlo. La economía, que en la década de 1970 dependió fuertemente del Estado y de la política, hoy le impone condiciones a aquel y parece blindada de la política. Finalmente, la sociedad que es nuestro referente histórico tampoco se mantuvo al margen de las profundas transformaciones operadas en el mundo y el país.

Una de las más importantes fue la que experimentó en lo que respecta a la representación de intereses sociales: el paso de una sociedad estructurada alrededor de sectores productivos claramente delineados, a otra organizada por procesos económicos significativamente difusos; el tránsito de la representación de intereses sociales definidos mayoritariamente sobre la base de ejes organizativos de clase, a formas de representación muy parciales y fuertemente ancladas en la dimensión microsocial; el cambio en las lógicas de enfrentamiento y convergencia: la aparición en la vida pública y el reordenamiento de la sociedad a partir del género, la diversidad étnica y cultural, los variados estilos de vida, el territorio y las relaciones con la naturaleza son parte de estos cambios. En otras palabras, los propios sujetos de nuestra acción se transformaron en forma significativa a la par que aparecieron nuevos actores y espacios.

Como es obvio, estas transformaciones nos obligaron a hacer más complejo el discurso institucional, a cambiar elementos sustantivos de nuestras lecturas de la realidad y, en consecuencia, parte de la forma de intervenir en ella. Nuestros referentes sociales organizativos en el pasado —CGTP, Confederación Campesina del Perú, Confederación Nacional Agraria, Confederación General de Pobladores del Perú, entre otros— se debilitaron, perdieron centralidad y vieron limitada su capacidad de articular intereses y propuestas sociales, que se fueron diferenciando crecientemente. El horizonte de cambio social que organizó nuestra

acción casi desde el momento de nuestra fundación hasta finales de la década de 1980, evidenció su agotamiento y su posterior fracaso, simbolizado en buena cuenta por la caída del Muro de Berlín.

En el escenario que se configura a partir de la década de 1990, cambiaron nuestros referentes sociales. Se hicieron más locales —Villa El Salvador, Caylloma, Caravelí, Huancavelica, Perené y Villa Rica, San Marcos, Lampa— y más concretos. Se incorporaron nuevos interlocutores a nuestra acción y simultáneamente se incrementó nuestro interés por los resultados tangibles de cada intervención, como parte de un esfuerzo compartido con muchos peruanos y peruanas por recuperar el sentido de la política a través de la construcción de una esfera pública no estatal ampliada en la que se reconocen actores diversos y plurales que contribuyen a la creación de una comunidad política como condición indispensable para la democracia.

#### **AÑOS DE CONTINUIDAD**

A pesar de los cambios, es claro que el conflicto social permanece al centro de nuestra intervención, porque la pobreza y la exclusión que siguen caracterizando al país no se explican por la falta de recursos económicos o por la ausencia y la debilidad de los espacios democráticos en la sociedad, sino fundamentalmente por la manera en que dichos recursos y espacios son apropiados por un sector exclusivo y excluyente y no por el conjunto de ciudadanos y ciudadanas del país.

En esta lógica, como al inicio, seguimos definiéndonos como parte de la sociedad civil y afirmamos una identidad específica en la política a partir de la defensa de los intereses públicos y de la reiteración de nuestro compromiso con la constitución de una esfera pública no estatal. Pugnamos, en consecuencia, por el fortalecimiento de las organizaciones plurales de la sociedad civil, y creemos que la lucha contra la pobreza —que es parte de nuestro ser institucional— debe realizarse básicamente a través de la política social en tanto política pública y expresión de derechos y no como combinación de asistencialismo y filantropía.

Persistimos en apostar por un desarrollo equitativo, sostenible y descentralizado en el país, soportado por una institucionalidad democrática y participativa. Como institución, seguimos convencidos de que el fortalecimiento de las capacidades económicas, sociales, políticas y culturales mejora la posición de los grupos menos favorecidos de la sociedad. Creemos que la construcción de ciudadanía exige la participación activa de los sectores populares en la política y el mercado. En esta perspectiva, insistimos en el valor del pensamiento crítico, orientado al desarrollo humano y la democratización de la sociedad, para generar propuestas de política.

Cuarenta años después, perseveramos en los rasgos políticos de nuestra acción. No suscribimos, como nunca lo hemos hecho, una apuesta partidaria; por el contrario, demandamos de nuestro débil sistema de partidos el cumplimiento de su papel fundamental: representar pluralmente los diversos intereses de la sociedad, canalizar efectivamente sus demandas y aspiraciones, articular sus propuestas.

Como institución que cree haber aportado a la política del país, y también se ha equivocado, mantenemos nuestra lógica de acción, que desde nuestro nacimiento busca articular la intervención directa en el desarrollo con la reflexión. Intervención directa en la ejecución de proyectos formulados a partir de las iniciativas, intereses y demandas de los sectores menos favorecidos con los que siempre trabajamos; reflexión y producción de conocimiento con base en la sistematización de experiencias y la investigación como fuentes de aprendizaje. Con esos elementos que resultan de los proyectos de desarrollo y sus lecciones, seguiremos participando en el debate público y mantendremos nuestra pretensión de incidir con propuestas en las políticas públicas locales, regionales y de carácter nacional.

Mantenemos, en consecuencia, la esperanza y las aspiraciones básicas que estuvieron presentes en nuestra fundación y que determinaron nuestra razón de ser. Cuarenta años después seguimos creyendo profundamente en la posibilidad de la democracia y el desarrollo del país, y a ella intentamos contribuir.

*Melvina Zeballos Manzur*